

OPINIÓN

Cita atípica

El triunfo de Núñez Feijóo y Urkullu deja también una lectura a escala nacional

El País Vasco y Galicia han celebrado sus elecciones autonómicas reafirmando a sus respectivos Gobiernos. En tiempos de pandemia los electores no hacen mudanza, y esta parece ser la primera conclusión de unos comicios en los que gallegos y vascos se han decantado por la certidumbre y la estabilidad. La confianza otorgada a los Gobiernos de Iñigo Urkullu y Alberto Núñez Feijóo muestra a su vez la extrema dificultad de articular una verdadera alternativa política en Euskadi y Galicia.

Con su cuarta victoria consecutiva, Núñez Feijóo confirma la fortaleza de la hegemonía popular en la comunidad gallega, donde ha gobernado casi 33 años de sus 39 de autonomía. Parecida es la situación en el País Vasco, donde los 40 años de dominio del PNV solo fueron interrumpidos por un breve paréntesis de Gobierno-socialista. La nueva mayoría absoluta de Feijóo no permite plantearse otras aritméticas electorales, mientras que la lógica negativa del Partido Socialista de Euskadi a pactar con EH Bildu cierra la puerta a cualquier posibilidad de pacto alternativo que no incluya al PNV, teniendo en cuenta el interés del partido socialista de seguir contando con su apoyo en el Congreso.

Pero hay otras lecturas de los comicios. Los resultados de Podemos confirman un sonoro descalabro, llevándolo incluso a desaparecer del Parlamento gallego. EH Bildu y BNG parecen ser los partidos que crecen a costa de la debacle de la formación morada, mostrando a su vez la incapacidad del partido socialista de capitalizar la caída de Podemos y erigirse como fuerza alternativa con margen para ampliar su electorado en ambos territorios. Con todo, lo más llamativo es la constatación de la debilidad territorial de la formación de Iglesias que, apenas en 2016, parecía ser capaz de hilvanar alianzas de diverso tipo y disputar la hegemonía del

PSOE. Casado, a su vez, recibe un potente mensaje. La amplia mayoría obtenida en Galicia quizá prefigure un cambio de rumbo estratégico, pues los resultados de Feijóo, apuntalados desde la mesura y el centro, indican el error de juicio de su actual estrategia de dureza, más preocupado por demostrar que controla el partido que por proponer políticas que tengan en cuenta la realidad territorial de España. Prueba de ello son los pésimos resultados en Euskadi, donde su apuesta personal por Carlos Iturza y la coalición con Ciudadanos, no ha obtenido los frutos esperados.

La dirección nacional del PP insiste en articular su discurso en torno a su eje nacional clásico, secuestrado por su inquietud hacia un posible ascenso de Vox, un partido que, aún habiendo obtenido un escaño en Álava, no ha sido capaz de implantarse en la mayoría de las autonomías por su falta de discurso y estructura organizativa interna. Ciudadanos, por su parte, puede presentar los resultados como positivos, si bien la exigua representación obtenida quizá lo obliguen a reevaluar sus propuestas para el futuro, especialmente en Cataluña. Porque hay también lecciones en estos comicios para el independentismo. La victoria del PNV premia su pragmatismo y moderación, y lo confirma en el papel que tuvo la Convergencia de los noventa: un partido con cintura, dispuesto a formar Gobiernos transversales y capaz de activar apoyos cruzados que permitieran aliviar las tensiones nacionales.

El león no es el que era

El drástico recorte de libertades ciudadanas que ha supuesto la imposición por parte de Pekín de la Ley de Seguridad Nacional en Hong Kong ha puesto en evidencia las consecuencias de la inconsistencia y arrogancia del primer ministro británico, Boris Johnson, en cuestiones de política exterior.

Cuando en julio de 1997 el Reino Unido transfirió la soberanía de su colonia a China lo hizo merced a un tratado por el que Pekín se comprometía a respetar de

una manera muy amplia las libertades sociales, políticas y económicas que disfrutaban los hongkoneses. De hecho, el régimen comunista acuñó el concepto de "un país, dos sistemas" para referirse a esa situación especial. Durante estos 23 años, China ha ido recortando esas libertades, pero mantuvo, más o menos, el concepto que subyacía en su acuerdo con Londres. La Ley de Seguridad Nacional, que entró en vigor el 30 de junio, dinamita ese acuerdo y, entre otras cosas, revela que el Reino Unido gobernado por Johnson es muy débil a la hora no ya de ejecutar algún tipo de presión para exigir que se respete el acuerdo de 1997, sino para lograr un apoyo internacional efectivo sobre esta cuestión. Puede argumentarse que China es hoy un actor global muchísimo más fuerte que hace dos décadas, pero también es cierto que la política exterior del mandatario conservador ha aislado a su país hasta unos extremos nunca vistos desde hace décadas.

Johnson llegó al poder a lomos del abandono del Reino Unido del proyecto de construcción europea. Un error mayúsculo desde cualquier punto de vista, incluyendo —como se puede apreciar claramente con Hong Kong— el geoestratégico. Primero sin formar parte del Gabinete y luego presidiéndolo, Johnson ha faltado al respeto, despreciado y buscado una ruptura traumática con quienes son sus aliados naturales. Para el mandatario, el Reino Unido podía prosperar al margen de Europa buscando otros socios estratégicos a los que dar mayor relevancia. En primer lugar, EE UU —cuyo presidente también desprecia el multilateralismo—, pero también otros, entre los que destaca precisamente China.

Con China sobre la mesa, Johnson ya ha tenido dos ejemplos en pocos meses de que el aventurerismo individualista puede ser muy efectivo en mítines y encuestas, pero resulta muy problemático, cuando no dañino, en la gestión política. La participación del gigante Huawei en el desarrollo del 5G británico ha creado roces con EE UU y un conato de revuelta en el mismo Partido Conservador. Con Hong Kong, Johnson no tendrá influencia para lograr que Pekín reconsidere su postura. Es más, ahora tendrá que buscar aliados, cuando ya los tenía. Dice el refrán que más vale ser cabeza de ratón que cola de león, pero ni la UE es el ratón que se empeñó Johnson en despreciar, ni un Reino Unido solitario es el león que fue.

REVISTA DE REVISTAS

Batalla para reabrir fronteras

'POLÍTICO'

La política infectó el debate en el seno de la Unión Europea sobre las restricciones que se aplicarían a los viajeros procedentes de otros países que quisieran entrar en algún Estado de la UE tras la reapertura de sus fronteras exteriores al relajarse las prohibiciones impuestas con motivo de la pandemia. Los periodistas Jacopo Barigazzi, Saim Saeed y David M. Herszenhorn analizan las tensiones diplomáticas que precedieron a la decisión de reabrir parcialmente las fronteras europeas para una selecta lista de viajeros procedentes de 15 países entre los que no figura Estados Unidos. Afortunadamente, la UE evitó la humillante imagen de fracaso que hubiera supuesto no alcanzar ningún acuerdo precisamente en el momento en que la presidencia rotatoria de la Unión recaía en Alemania.

La batalla política vivida evidenció cómo una decisión que tendría que haberse adoptado exclusivamente por motivos científicos quedó secuestrada por diversas sensibilidades políticas e intereses económicos, especialmente los de los países más dependientes del turismo, según los autores, que reflejan la frustración de un diplo-

mático que participó en el debate, porque, en su opinión, solo deberían abrirse las fronteras a los viajeros de Canadá, Corea del Sur, Australia y Nueva Zelanda aplicando en exclusiva criterios científicos.

La exclusión de Estados Unidos de la lista fue fácil, pese a que contó con Polonia como abogado defensor, por el resquemor que aún provoca la decisión unilateral de Donald Trump de cerrar las fronteras de EE UU a los viajeros europeos en marzo, que desató el caos en los aeropuertos europeos al adoptarla sin avisar.

Barigazzi, Saeed y Herszenhorn insisten en que la lista demuestra los equilibrios entre los intereses nacionales. Algunos países, como Francia, querían añadir sus antiguas colonias. Portugal aceptaba la exclusión de Brasil, pero quería incluir a Angola. Bulgaria pretendía que entraran Rusia o Turquía por intereses turísticos. En definitiva, y como dijo un segundo diplomático con quien han conversado los autores, el proceso careció de solidez científica, ha estado muy politizado y algunos países han demostrado prisas incomprensibles.

Publicado en Bruselas el 1 de julio.

EL ROTO

